

JAVIER CASTEJÓN Médico y escritor

Granada entre la ciencia y la cultura

Hay frases que permanecen porque, con pocas palabras, son capaces de plantear una cuestión que sigue pendiente muchos años después. A Santiago Ramón y Cajal se le atribuye una afirmación de sorprendente actualidad: «Al carro de la cultura española le falta la rueda de la ciencia».

Una metáfora sencilla para señalar una carencia histórica: la dificultad de reconocer que la ciencia, además de producir conocimiento y progreso, forma parte esencial de la cultura de una sociedad.

Hace unos días, el profesor Antonio Campos Muñoz, catedrático de Histología de la Universidad de Granada, investigador de reconocido prestigio y expresidente del Instituto de Salud Carlos III, recuperaba esta idea en una conferencia. Pero lo hacía dando un paso más: proponía, de alguna manera, subir la propia idea de Granada como capital europea de la cultura en 2031 al carro de la ciencia. Una sugerencia que merece ser escuchada.

Porque si Granada aspira a ser capital europea de la cultura, quizá haya llegado el momento de preguntarnos qué entendemos realmente por cultura y qué lugar debe ocupar en ella la ciencia.

No se trata de incorporar algunos actos científicos a una programación fundamentalmente humanística. Tampoco de reclamar para los científicos un espacio que hasta ahora hubiera pertenecido en exclusiva a escritores, músicos, artistas o historiadores. La cuestión es mucho más profunda: ¿podemos hablar de una cultura completa si dejamos fuera una de las grandes aventuras intelectuales del ser humano?

Durante demasiado tiempo hemos hablado de «las dos culturas», la científica y la humanística, como si fueran territorios separados. En un lado, la literatura, la filosofía, la música, la pintura o la historia; en el otro, las matemáticas, la física, la biología o la medicina. Pero ambas nacen de una misma inquietud: la necesidad humana de comprender. Un poema y una ecuación utilizan lenguajes diferentes, pero detrás de ambos existe una pregunta sobre la realidad.

Y aquí Granada tiene mucho que decir.

La ciudad posee una extraordinaria herencia histórica y artística, pero también una tradición universitaria y científica de primer orden. El Parque de las Ciencias, la Universidad de Granada, el Instituto de Astrofísica de Andalucía y otros centros de investigación demuestran que el conocimiento científico no es un añadido a la ciudad: forma parte de lo que Granada es.

Pero el diálogo puede producirse también en sentido contrario. No solo desde la ciencia hacia las humanidades, sino desde las humanidades hacia la ciencia.

El escritor granadino Gregorio Morales constituye un ejemplo singular. Su propuesta de una «estética cuántica» exploró las posibilidades que la física contemporánea podía ofrecer a la creación literaria y a la reflexión sobre la realidad. La literatura, por tanto, no tiene por qué limitarse a divulgar la ciencia: puede encontrar en ella nuevas preguntas, nuevas imágenes y nuevas formas de interpretar el mundo.

También el Parque de las Ciencias ofrece un ejemplo extraordinariamente cerca-

no. Miguel Guirao, profesor de Anatomía Humana de la Universidad de Granada y antiguo colaborador del museo referido, convirtió el conocimiento anatómico en una experiencia abierta a todos los públicos. Pero hay algo especialmente significativo en aquella propuesta: junto a los órganos, los modelos anatómicos, la imagen científica y las nuevas tecnologías, aparecía también la literatura. Un panel de citas anatómicas recogía referencias procedentes de escritores, del cine y del refranero, como testimonio de que el cuerpo humano no ha sido únicamente objeto de estudio científico, sino también fuente permanente de imaginación, metáfora y creación.

No es casual que Ernesto Páramo, impulsor del Parque de las Ciencias, defendiera una concepción de la divulgación científica abierta al encuentro con la poesía, la música, la literatura y las artes. La ciencia podía salir del laboratorio y del lenguaje estrictamente especializado para convertirse en cultura compartida.

Por eso la incorporación de la ciencia a la cultura no significa hacer científica la cultura. Significa hacer más completa nuestra idea de cultura.

Granada tiene una oportunidad extraordinaria. Puede convertir en una de las señas de identidad de su proyecto para 2031 el encuentro entre ciencia, arte, literatura y pensamiento. No como una suma artificial de actividades, sino como un verdadero diálogo entre distintas formas de mirar la realidad.

Quizá debamos volver a la imagen de Cajal y a la propuesta de Antonio Campos. Si al carro de la cultura española le faltaba una rueda, Granada puede contribuir a que esa rueda ocupe finalmente su lugar. Y hacerlo no solo subiéndola la ciencia al carro de las humanidades, sino invitando también a las humanidades a viajar por el territorio de la ciencia.

Porque una ciudad que aspira a ser capital de la cultura no debería preguntarse únicamente qué hemos aprendido de nuestros antepasados. Debería preguntarse también qué necesitamos aprender para comprender el mundo que viene.